

BIBLIOGRAFIA.

Principios críticos sobre el virreinato de la Nueva España y la revolución de Independencia.—Lagos.—Tipografía de Vicente Veloz, á cargo de A. López Arce.—Hemos tenido el gusto de recibir y de leer con la atención que merece, la 3ª entrega del tomo II de esta interesantísima obra, que está publicando el sabio y erudito escritor, D. Agustín Rivera.

La entrega que tenemos á la vista comprende desde la página 185 hasta la 276 inclusive, y en ella se ocupa su muy entendido autor, de *La oratoria sagrada en la Nueva España en el segundo tercio del siglo XVIII*, y demuestra el lamentable atraso en que estuvo, con gran acopio de razones, citas y documentos.

Comienza el Sr. Rivera por darnos apuntes biográficos, tomados de Beristáin, de los siguientes predicadores de Nueva España: Andrés Arce y Miranda, Juan Waldo Anguita, Alonso Moreno y Castro, Fray Martín de San Antonio, José Eugenio Ponce de León, Fray Juan López Aguado, Fray Manuel Farías, Bartolomé Hita y Parra, Arlegui, Francisco Javier Carranza, Fray José de la Cruz, Nicolás Fernández Pomar, Fray Antonio Muñoz Cartilblanque, y José Guerrero. Copia trozos de algunos de los sermones predicados por ellos, y basta una simple lectura, para convencerse del mal gusto que reinaba entonces. No parece sino que de intento, en esas piezas oratorias, se acumulaban las frases más ampulosas, los conceptos más alambicados, los epítetos más impropios, las más gongorinas hipérbolas y antítesis, y las palabras más vulgares, prosaicas, chocarrerías y obscenas. Los textos latinos, sagrados y profanos, raras veces están bien escogidos y colocados, y casi siempre traídos á fuerza, lo que los hace del todo inoportunos é inconducentes.

En el conciso paralelo que hace el autor, entre la oratoria sagrada de los Santos Padres y la oratoria gerundiana de la colonia; después de manifestar que aquellos se inspiraban, y bebían la elocuencia, en las fuentes más puras, predicando con valor y firmeza, sin miedo á los tiranos, ni temor á las contrarias sectas, dice lo siguiente, que creemos oportuno copiar: "Mas los gerundios aunque tuvieran el talento de un

Farías y de un Hita y Parra, estaban enervados como todo *vasallo*: no predicaban contra la esclavitud, contra la tiranía de los reyes y en pro de los derechos del hombre, porque se lo impedían los grillos de las instituciones monárquicas absolutas; no predicaban en pro de la raza india contra los encomenderos, los alcaides mayores, los oidores, los alcabaleros y demás turba multa de oficiales reales, porque se lo impedían las esposas de la política colonial; no predicaban contra las trabas de la libertad de imprenta ni contra muchas supersticiones, porque se lo impedían la mordaza de la Inquisición. Pesaba sobre ellos entre otras esta ley, que era la 19, título 12, libro 1º de la Recopilación de Indias: "Encargamos á los Prelados seculares y regulares, que tengan mucho cuidado de amonestar á clérigos y religiosos Predicadores, que no digan ni prediquen en los púlpitos palabras escandalosas tocantes al gobierno público y universal, ni de que se pueda seguir pasión ó diferencia, ó resultar en los ánimos de las personas particulares que las oyeren poca satisfacción ni otra inquietud. Y ordenamos á nuestros Virreyes, Presidentes y Audiencias, que si los predicadores excediesen en esto, lo procuren remediar."

Privados de toda clase de libertades, inficionados del mal gusto, ignorantes á pesar de sus borlas y bonetes, los oradores de Nueva España tenían que predicar sermones indigestos, llenos de latines semibárbaros, y de ridículas consejas.

¿Qué clase de oratoria sagrada era la de Nueva España, que contaba predicadores como Arce y Miranda, que en un sermón sobre la Virgen de Guadalupe fingió un pleito judicial entre los Cielos, la América y Castilla, en el cual, después de citar varios textos del *Digesto*, vino á la conclusión de "que la Imagen ó pintura celestial de Guadalupe fué concebida en el cielo en la mente del más Divino Apeles; pero nacida en América en el Ayate del humilde *macehual* Juan Diego, y dígolo de una vez *bautizada* en Europa." ¿O, como López Aguado, que enumerando las virtudes de una monja, Sor María Luisa de Santa Catarina, afirmaba que el Señor, para darle á entender que debía despreciar lo más mínimo de la tierra, le había enviado *un ratón* que le hiciera pedazos *cuatro ollas* que tenía en *una tabla*?

¿Qué clase de predicador era el mismo Arce y Miranda, que en otro sermón se propuso tratar cuestiones como éstas:—"¿cuál fué más dichoso, el vientre de la Abuela de Cristo ó el de su Madre? ¿cuál fué más prodigioso, el vientre de Ana ó el de María? ¿cuál fué más singu-

lar en la fecundidad de su parto, el vientre de la Abuela por estéril ó el de la Madre por Virgen?"—y que más adelante, se puso á explicar los misterios de la generación?

Quien dude esto, consulte la obra que estamos examinando, páginas 215 y siguientes; y para que más se admire y sorprenda, le advertiremos, que Arce predicaba en esa vez delante de las religiosas Capuchinas de la ciudad de Puebla de los Angeles, el día 23 de Julio de 1753, "con la circunstancia, dice el título del sermón, de estar patente el Santísimo Sacramento."

No podemos resistir á la tentación de trasladar aquí, un fragmento del sermón que el citado Arce y Miranda predicó en el Convento de Carmelitas descalzos, en honor de Santa Teresa, y que corre impreso con el extravagante título de *La Madre de su Madre y Esposa de su Padre*. Dice así:

"Las esforzadas Amazonas, que tan gloriosa con sus victorias, hicieron á la Asia, se cortaban ó cauterizaban un pecho, que era el diestro, para estarlo más al manejo de las armas..... Obraron prudentemente, porque no criando en su República más que á las hembras, pues á los varones mataban, con un pecho les bastaba. No así Teresa, que como había de criar en su Sagrada República Varones Santos y Virgenes Prudentes, de ambos pechos necesitaba... ¡Oh y con que agudeza lo dijo admirando el esfuerzo de nuestra santa el erudito Másculo!

"Hasta aquí hemos considerado á Teresa como Madre de aquella religión de quien fué hija; ahora la hemos de atender en orden de su Padre Elías, de quien fué Esposa. Pero si Hija ¿cómo Esposa? Ea, que no será el primer hombre que se desposó santamente con su misma hija, como después veremos..... Yo á un varón tan constante y fuerte (Elías) quiero darle sin disonancia una mujer de hueso. A la primera de todas que fué Eva, formó Dios de la costilla de Adam dormido, y así Eva fué hija de Adam, pues aunque no procreada fué de él nacida. ¿Y con quién se casó Adam? ¿Eso se duda? Con su misma hija que fué Eva..... Miren ya si tuve razón en decir que no sería Elías el primero que santamente se hubiese casado con su misma hija..... Si Eva de un parto le dió á Adam hijo y nieto, Teresa de dos partos, ó de uno, le dió á Elías hijos y nietos sin número. De aquí se infiere que si las demás Religiones son hijas de sus fundadores, la del Carmelo sobre ser hija, es nieta de su fundador."

Después de habernos dado á conocer trozos de sermones tan dispa-

ratados como el anterior, aduce al Sr. Rivera, los testimonios de Feyjoo, Macanaz, Mayans, Isla, Roda, Madramany, Lafuente, Ferrer del Rio, Gil y Zárata, y de los autores de la Enciclopedia de Mellado, para demostrar al atraso de España en la oratoria sagrada en el último tercio del siglo XVII y en el primero y segundo del XVIII, única cosa que pudiera disculpar á los predicadores de Nueva España; pues siendo ésta el reflejo en las ciencias y en la literatura de su Metrópoli, no podía pedirseles, á los oradores sagrados de la época colonial, más de lo que sabían y les enseñaban sus maestros de la Península.

Emite en seguida, el Sr. Rivera, un juicio sobre el Dr. D. Juan José de Eguiara y Eguren, principalmente considerándolo, como crítico de oratoria sagrada y como bibliógrafo, pues es sabido que escribió el principio de una *Biblioteca Mexicana*; juicio bastante desfavorable, pues dice que "era el Dr. Eguiara como muchos eruditos que hubo en la Nueva España antes de Carlos III [y algunos hubo también después]: hombres de grande inteligencia, y por lo regular monjes y canónigos, que después de estar cuarenta ó cincuenta años encerrados en la celda de un convento ó en su aposento sobre los libros, llegaban á adquirir un gran caudal de conocimientos en varias ciencias: caudal que se componía de una muchedumbre de textos de la Escritura, de versos de clásicos paganos y pasajes mitológicos; de sabias doctrinas teológicas y canónicas y de *intrínquilis* aristotélicos; de hechos de la historia profana y de consejos de la edad media, y en fin, de numerosos textos, conceptos, especies y noticias que habían leído en multitud de autores, que en su mayoría eran pseudoperepatéticos, *Dédalos de ingenio* y libros de baja ralea: caudal de conocimientos que conservaban en su felicísima memoria y en su entendimiento como en un almacén, y vertían á granel en sus conversaciones privadas, en sus sermones y en sus libros; pero sin crítica, sin filosofía, sin buen gusto." Agrega, que Eguiara se propuso escribir una obra "para probar y desarrollar muy extensamente esta proposición: la Nueva España es feraz en todas las ciencias, ó lo que es lo mismo, la Nueva España se halla en un estado de avanzada civilización en el orden intelectual y literario." Mas, que para esto, necesitaba haber escrito una obra de bibliografía, y no de biografía, como fué su Biblioteca, pues en ella, es cierto que menciona "el título de cada libro, su autor, la ciudad y año de impresión y el nombre del tipógrafo; pero no habla de la doctrina del libro, de su método, ni de su estilo." Censura á Eguiara, calificándola de pésima, la clasi-

ficación de autores que hizo en su citada *Biblioteca*, pues los colocó por orden alfabético, no de apellidos, sino de nombres. Y por lo que respecta al talento de Eguiara y Eguren para juzgar, dice el Sr. Rivera, que carecía de crítica literaria, como lo demuestra la aprobación que hizo de los sermones de Arce y Miranda; la cual aprobación, nos persuade que fué un "Dédalo de ingenio, falso escolástico, gerundio y gongorino."

Con juicio tan severo como justo, termina la tercera entrega de los *Principios críticos*, y en las últimas páginas se anuncia ya otro, que promete ser muy importante, pues en él se ocupará, el ilustrado y progresista sacerdote, Sr. D. Agustín Rivera, del renacimiento de la buena oratoria sagrada en Nueva España durante el segundo tercio del siglo XVIII.

Juntamente con la entrega anterior, recibimos una carta impresa y dirigida al Sr. Lic. D. Hilarión Romero Gil, por el mismo Sr. Rivera, que es una crítica del opúsculo escrito por el Presbítero D. Dámaso Sotomayor, sobre una URNA GRIEGA descrita é interpretada bajo la CLAVE JEROGLIFICA DE LOS AZTECAS.

La carta está redactada en estilo jocoso y satírico, pero razonado, y en ella se censuran con justicia las absurdas interpretaciones que de dicha URNA hizo el Sr. D. Dámaso Sotomayor. En cuanto á éste, ya hemos tenido ocasión de leer algunos de sus estudios, y nos parece que es uno de esos anticuarios y etimologistas, de los cuales dijo el Dr. Mier, que comenzaban por adivinanzas, seguían por visiones, y concluían por delirios.

Anales del Museo Nacional de México. — Tomo IV. — Se ha reparado la entrega 4ª correspondiente al mes de Enero, y su contenido es el siguiente: *Calendario Tarasco* por F. P. T., artículo meditado, juicioso y erudito como todo lo que escribe el apreciable director del Museo; *Primates, Carnívoros é Insectívoros de México* por Alfonso Herrera [hijo], quien como naturalista sigue las huellas de su ilustrado padre; *Epigrafía Mexicana* por Jesús Galindo y Villa, y la reimpresión del *Arte de la lengua mexicana* por el P. Antonio de Rincón, 1595.

Después del artículo del Sr. Troncoso, sobre el *Calendario Tarasco*, que á nuestro juicio es el mejor de la entrega, nos ha llamado particularmente la atención, el que lleva por título *Epigrafía Mexicana*.

Es bien sabido que entre nosotros nadie, ó muy pocos, se había consagrado á escribir sobre esa ciencia auxiliar de la historia, y era muy sensible que muchas inscripciones de nuestros templos, edificios y monumentos públicos, estuviesen desapareciendo bajo la mano destructora del tiempo, de la incuria y de la ignorancia, sin que una persona inteligente las copiara y reuniera en un estudio, para conservarlas antes de su completa destrucción. En las inscripciones se encuentran muchas veces, ya la fecha de fundación de un establecimiento piadoso ó de beneficencia, ya la del día en que nació ó murió un varón célebre; ora la biografía compendiada de algún gobernante ilustre, ó el conciso pero justo elogio de un literato, un sabio ó un héroe.

—El joven Galindo y Villa, penetrado, sin duda, de la importancia de esta clase de estudios, con la paciencia y laboriosidad que semejante trabajo requería, sin arredrarse por las muchas dificultades que de seguro encontró, ha copiado todas las inscripciones que aún se conservan en la ciudad de México, comenzando por las que existen en Catedral, y no se ha contentado con la simple copia, sino que la ilustra con datos y noticias biográficas y bibliográficas, lo que hace que su *Epigrafía Mexicana* no sólo sea curiosa sino importante. Lo felicitamos.

No será inoportuno, para concluir, dar algunas noticias biográficas, las únicas que se conservan en las obras de Oviedo, Alegre y Beristáin, sobre el autor del *Arte Mexicana*, que hoy se reimprime de nuevo en los Anales, pues ya lo había sido el año de 1885, por el Dr. D. Antonio Peñafiel.

Nació el P. Antonio de Rincón, en la ciudad de Texcoco, y fué descendiente de los antiguos reyes que en ella gobernaron. En 1573 fué admitido en Tepotzotlán por la Compañía de Jesús, y durante los veintiocho años en que ahí vivió, se hizo distinguir por su talento, letras y ejemplar conducta. En las misiones que emprendió por el obispado de Puebla de los Angeles, logró extirpar muchos abusos y costumbres supersticiosas é idolátricas; pero con tal celo, con tal afán, que adquirió una grave enfermedad de la cual quedó parálítico de un lado de su cuerpo, y aún así continuó predicando durante doce años, hasta su muerte, acaecida el día 2 de Marzo de 1601, en un pueblo distante ocho leguas de Puebla. Que tan virtuoso jesuita, fué muy perito en lengua mexicana, es cosa en que están conformes todos, y lo demuestra su *Arte* impreso por primera vez en México, en casa de Pedro Balli, el año de 1595. La edición que ahora publican los *Anales del Museo*, está

hecha con gran cuidado y esmero, y las pruebas han sido corregidas por una persona muy docta y competente.—LUIS GONZÁLEZ OBREGÓN.

Su Excelencia y su Ilustrísima.—D. Santiago Vaca-Guzmán, Ministro que acaba de ser de Bolivia en la República Argentina, ha publicado en Buenos Aires en los primeros días de Enero del corriente año, una novela intitulada *Su Excelencia y su Ilustrísima*, precedida de un juicio crítico por él mismo.

No es la novela que anunciamos la primera obra de su autor. De 1878 acá, ha publicado las siguientes: La Aduana nacional,—Obligaciones del contrato de compra-venta,—La usurpación en el Pacífico,—Intereses sociales entre Bolivia y el Plata,—Bolivia,—La literatura boliviana,—El explorador Crevaux y el río Pilcomayo,—La mujer ante la ley civil, la política y el matrimonio,—Días amargos,—El Chaco oriental,—Reglas de Derecho internacional.

Su Excelencia y su Ilustrísima es una novela histórica. En ella, como en las *Tradiciones* de Ricardo Palma, se encuentran fielmente retratadas las costumbres de los pueblos latino americanos en los siglos de la dominación española. La trama es bien sencilla, y sin embargo el libro ofrece interés al lector.

El Sr. Vaca-Guzmán va contra la común corriente en Sud América, en lo que respecta al manejo del idioma. Entusiasta admirador de los autores del siglo de oro de las letras castellanas, los imita de tal suerte, que las páginas por él escritas se hallan plagadas de trasposiciones y de vocablos arcaicos. Ni el académico español Fernández Guerra supera al boliviano Vaca-Guzmán en este culto al pasado. Naturalmente en nuestros días, y sobre todo en Sud-América, muy contados serán los que aplaudan las tendencias del autor que nos ocupa. Bien podía ser catizo sin ser arcaico el Sr. Vaca-Guzmán, y mucho ganarían sus obras. En España misma no privan los escritores que rebuscan giros y vocablos para ostentarse clásicos, y son celebrados, así por los doctos como por el vulgo, Valera, Menéndez Pelayo, Emilia Pardo, Bazán, Pérez Galdós, Pereda y otros que huyen de toda afectación.—F. S.

UN VENTRILOCUO.

(TRADICIÓN.)

El General D. Antonio Valero, natural de México, y jefe de Estado Mayor de la división que, en 1825, sitiaba el Callao defendido por el Brigadier realista D. Ramón Rodil, valía por su inteligencia, denuedo, actividad y previsión, casi tanto como un ejército.

Pertenecía á esa brillante pléyade de generales jóvenes que realizaron, en la guerra de independencia, hazañas dignas de ser cantadas por Píndaro y Homero. Valero, casi adolescente, militó en España y fué uno de los defensores de Zaragoza. Más tarde en México, su patria, Colombia y el Perú combatió en favor de la independencia americana.

En la época en que lo presentamos, Valero acababa de cumplir treinta y tres años, y era el más perfecto tipo del galán caballeresco. Sus compañeros del ejército de Colombia, siguiendo el ejemplo de Bolívar, eran prosaicos y libertinos en asunto de amoríos. Valero, como Sucre, era un soldado espiritual, de finísimos modales, culto de palabras, respetuoso con la mujer. Él entraba en el cuartel; pero el cuartel no entró en él.

En un salón, Valero eclipsaba á todos sus compañeros de campamento, por la elegancia y aseo de su uniforme, gallardía de su persona y exquisita amabilidad de su trato. En el campo de batalla, era Valero, como todos los bravos de la patria vieja, un león desencadenado. No hacía más; pero no hacía menos que cualquiera de sus camaradas.

Valero había sido favorecido por la naturaleza con una cualidad, rarísima hoy mismo, y que á principios del siglo se consideraba como sobrenatural, maravillosa, diabólica; cualidad de cuya existencia sólo la gente muy ilustrada, en el Perú, tenía noticia más ó menos vaga.

El General Valero era... VENTRILOCUO.

Son infinitas las anécdotas de ventrilocuismo que sobre él cuenta la tradición, y la fácil pluma del General colombiano Luis Capella Toledo ha escrito una historia de amor, en que Valero hizo noble uso de esa habilidad ó disposición orgánica, para obligar á una joven á que no se apartase del camino del deber.

A un militar de los tiempos que fueron oí referir que en un banque-

te se propuso Valero mortificar al General Santa-Cruz, pues al trinchar un camarón, éste le dijo con voz lastimera:

—¡Por amor de Dios, mi General, no me coma usted, que soy padre de familia y tengo á quien hacer falta!

Sorprendido Santa-Cruz dejó el trinche, maravillado de oír hablar á un camarón.

Puede asegurarse que, hasta entonces, no tenía Santa-Cruz la menor idea del fenómeno.

Gracias á esta individual y extraña cualidad, salvó el General Valero de ser fusilado por Rodil. Refiramos el lance.

El castellano del Real Felipe tuvo aviso de que oficiales patriotas, aprovechando la tiniebla nocturna, se aventuraban á penetrar en el Callao, sin duda para concertarse con algunos descontentos y conspiradores. Rodil aumentó patrullas de ronda y, efectivamente, consiguió apresar, en diversas noches, un oficial y dos soldados. De más está añadir que los envió á pudrir tierra.

Era una madrugada, y el General Valero, emprendiendo el regreso á su campamento de Bellavista,¹ después de haber pasado un par de horas en conferencia con uno de los jefes del castillejo de San Rafael, iba á penetrar en una callejuela cuando sintió, por el extremo de ella, el acompasado paso de una patrulla.

El audaz patriota estaba irremisiblemente perdido si seguía avanzando, y retroceder le era también imposible. Entonces, ocultando el cuerpo tras el umbral de una puerta, apeló á su facultad de ventrílocuo.

Cada soldado oyó sobre su cabeza, y como si saliera del cañón de su fusil, este grito:

—¡Viva la patria! ¡Mueran los godos!

Los de la ronda, que eran ocho hombres, arrojaron al suelo esos fusiles á los que se les había metido el demonio, fusiles insurgentes que habían tenido la audacia de gritar palabras subversivas, y echaron á correr poseídos de terror.

Media hora después el General Valero llegaba á su campamento riendo aún de la aventura, á la vez que dando gracias á Dios por haberlo hecho ventrílocuo.

Lima.

RICARDO PALMA.

¹ Bellavista se halla á un cuarto de legua del Callao.

UN PONTIFICE MAXIMO.

(GREGORIO VII.)

[Continúa.]

Al sentarse en la Sede apostólica el nuevo papa inmortalizó, adoptándolo, el nombre de Gregorio VII. El estado de su ánimo se revela fielmente en la carta que poco después de su exaltación escribió á Hugo, abad de Cluny: “¡Ojalá pudiera haceros comprender—le decía— las tribulaciones que me asaltan y los incesantes trabajos que me abruma diariamente! Muchas veces he rogado al Salvador divino que me saque de este mundo ó que me permita ser útil á la Iglesia, nuestra madre común. Un dolor inefable, una inmensa amargura han invadido mi alma al contemplar la iglesia de Oriente, arrancada á la fe católica por el espíritu de las tinieblas. Vuelva yo mis ojos al Occidente, al Mediodía, al Norte, apenas veo algunos sacerdotes que hayan subido al episcopado por las vías canónicas, que vivan como cumple á su estado y carácter, que gobiernen á su rebaño con espíritu de caridad, y no con el insultante y despótico orgullo de los poderosos de la tierra. Entre los príncipes seculares no encuentro ninguno que prefiera la gloria de Dios á la suya, ni la justicia al interés; y los pueblos que me rodean, romanos, lombardos y normandos son peores que judíos y gentiles..... Si no alimentase la confianza en una vida mejor y el deseo de ser útil á la Iglesia, no permanecería más en Roma, sábelo Dios, donde me encuentro como encadenado hace más de veinte años, flotando entre un dolor que se renueva día por día, y una esperanza ¡ay de mí! demasiado remota: mi existencia, atacada por mil tempestades, no es más que una continua agonía. Pues que estamos obligados á emplear todos nuestros esfuerzos para reprimir á los malvados, y á defender la vida de los religiosos, mientras que los príncipes descuidan sus deberes, te exhorto fraternalmente á que me ayudes, rogando á los que profesan un amor sincero á San Pedro, que sean de veras sus hijos y soldados, y á no preferir á él los potentados de la tierra, que sólo sirven para otorgar